

Los espejos de Tuzun Thune

Robert E. Howard

*Un extraño país majestuoso que se extiende Más allá del Espacio, más allá del
Tiempo. EDGAR ALAN POE*

LLEGA A SUCEDER QUE INCLUSO LOS REYES conocen el tiempo del inmenso hastío. Y al llegar, el oro del trono se transforma en cobre y las colgaduras del palacio se ensombrecen. Las joyas de la corona y las pedrerías de los dedos de las mujeres dejan de brillar y sólo lo hacen como el hielo de los mares blanquecinos; los discursos de los hombres están tan desprovistos de sentido como los tintineos del cascabel del bufón y todas las cosas se convierten en irreales; el propio sol se apaga en los cielos y el soplo del océano verde pierde su frescor.

Kull se hallaba sentado sobre el trono de Valusia, y la hora del hastío le agobiaba. Ante él desfilaban, interminablemente y sin razón, los hombres, las mujeres, los sacerdotes, los acontecimientos, las sombras; las cosas percibidas y las cosas que se esperaban. Pero, al igual que las sombras, todo iba y venía sin dejar más rastro sobre su comprensión que el sentimiento de un inmenso aburrimiento. Sin embargo, Kull no estaba fatigado. Soñaba con cosas que estaban más allá de él mismo, más allá de la corte de Valusia. Una ^8^ agitación turbaba su mente y extraños sueños luminosos atormentaban su alma. Cuando lo ordenó, apareció ante él Brule, el Asesino de la Lanza, el guerrero de Pictlandia,

procedente de las islas que se erguían más allá de Occidente.

—Mi señor rey, estás cansado de la vida en la corte. Ven conmigo, y en mi galera navegaremos al azar de los océanos.

—No —murmuró Kull, apoyando el mentón sobre el puño poderoso—. Estoy harto de todo. La ciudad me aburre, las fronteras están tranquilas. Ya ni siquiera oigo los cantos del mar que escuchaba cuando sólo era un niño en las escarpadas costas de Atlántida, cuando la noche centelleaba con millares de estrellas. Los verdes bosques ya no me atraen como antaño. Hay en mí algo raro, un deseo que no puedo formular. ¡Vete!

Brule partió, inquieto, dejando a su rey sentado en el trono y sumido en sombríos pensamientos. Y, precisamente entonces, una muchacha de la corte se deslizó a los pies de Kull y le susurró:

—Gran rey, ve a ver a Tuzun Thune, el mago. Conoce los secretos de la vida y de la muerte, sabe leer en las estrellas y ha recorrido las tierras que están sumergidas bajo el mar.

Kull miró a la muchacha. Sus cabellos eran de oro fino, y sus ojos violeta eran curiosamente oblicuos; era bella, pero la belleza tenía poco interés para Kull.

—Tuzun Thune —repitió—. ¿Quién es?

—Un mago de la Raza Extinta. Vive aquí, en Valusia, cerca del Lago de las Visiones, en la Casa de los Mil Espejos. Todas las cosas son conocidas por él,

mi rey. Habla con los muertos y conversa con los demonios de las Tierras Perdidas.

Kull se levantó.

—Iré a ver al mago. Pero no digas nada, ¿entiendes?

—Soy tu esclava, mi señor.

Y cayó de rodillas humildemente, pero cuando Kull se volvió, la sonrisa de su boca escarlata reveló la perfidia, lo mismo que sus ojos almendrados.

Kull se dirigió a la morada de Tuzun Thune, al borde del Lago de las Visiones, una vasta extensión de agua azul-

lada y apacible; numerosos palacios se alzaban en sus orillas, barcos de recreo, con forma de cisnes, se deslizaban plácidamente por su superficie brumosa y desde todo lados se elevaban los sonidos de una música dulce.

La Casa de los Mil Espejos era amplia y espaciosa, pero sin pretensiones. Los portales estaban abiertos, y Kull subió los peldaños de una larga escalinata; entró sin hacerse anunciar y, en una inmensa sala cuyos muros estaban tapizados de espejos, encontró a Tuzun Thune, el mago. El hombre parecía incluso más viejo que las colinas de Zalgara, su piel era de cuero curtido, pero sus ojos grises brillaban como acero pulido.

—Kull de Valusia, mi casa es tuya —dijo inclinándose profundamente, con una cortesía del pasado, al tiempo que le señalaba al rey un asiento tan majestuoso como un trono.

—Me han dicho que eres mago —declaró Kull—. ¿Puedes realizar maravillas?

Se había apoyado en el codo, con el mentón en la mano, considerando al anciano sombríamente. El mago sonrió, extendió la mano y abrió y cerró los dedos.

—¿Acaso no es una maravilla que esta carne ciega/ obedezca las órdenes de mi cerebro? Camino, respiro, hablo... ¿no son esas maravillas?

Kull meditó unos momentos y luego preguntó:

—¿Puedes evocar a los demonios?

—Ciertamente. Puedo hacer surgir uno, más terrible que todos los del más allá, con sólo abofetearte. Kull se sobresaltó y agachó la cabeza.

—¿Y los muertos? Puedes conversar con los muertos?

—Siempre converso con los muertos, como lo hago contigo en estos momentos. La muerte comienza con el nacimiento y todos los hombres empiezan a morir en el mismo momento en que llegan al mundo; en este preciso instante, tú estás muerto, rey Kull, puesto que has nacido.

—Pero tú eres más viejo que el resto de los hombres; ¿acaso los magos no mueren?

—Los hombres mueren cuando llega su hora. Ni antes ni después. La mía no ha sonado todavía.

Kull consideró aquellas respuestas.

—Así que el mayor mago de Valusia no es más que un hombre como los demás, y yo he sido embaucado para venir hasta aquí.

Tuzun Thune sacudió la cabeza.

—Los hombres no son otra cosa que hombres, y los más sabios son los que aprenden las cosas más simples Contempla mis espejos, rey Kull.

El techo estaba cubierto de espejos, los muros hallábanse tapizados con ellos, todos unidos a la perfección, pero de todas las formas y tamaños.

—Los espejos son el reflejo del mundo, Kull —murmuró el mago—. Contempla mis espejos y descubre la sabiduría.

Kull eligió uno al azar y lo miró intensamente. Los del muro de enfrente se reflejaban en él, y reflejaban otros muchos, tantos que tuvo la impresión de tener frente a sí un interminable corredor centelleante formado por la totalidad de los espejos; y a su fondo pudo ver una minúscula silueta. Kull la contempló largamente antes de comprender que era su propio reflejo. Miró y se sintió invadido por un sentimiento de pequeñez, como si aquella silueta fuera la del verdadero Kull y representase sus exactas y verdaderas proporciones. Se volvió y fue a situarse ante otro espejo.

—Mira bien, Kull —dijo el mago—. Es el espejo del pasado.

Una bruma gris oscurecía el cristal, grandes masas brumosas se agitaban y cambiaban como el fantasma de un río gigantesco; y, a través de la neblina, Kull vio fugitivas visiones, visiones de horror y extrañeza, bestias y hombres que se movían en ella y formas que no eran ni de hombre ni de bestia; grandes flores exóticas se desvanecían en la cenicienta visión, gigantescos árboles tropicales se alzaban en los ribazos de fétidos pantanos en los que se revolcaban reptiles monstruosos; el cielo era lívido, habitado por dragones voladores, y los mares agitados bramaban al arrojar de su seno olas implacables contra las enlodadas orillas. El hombre no existía todavía, el hombre era un sueño de los dioses, y formas de pesadilla ondulaban y se deslizaban a través de una jungla horrible. Y en la jungla se desarrollaban batallas y masacres y amores terribles. La muerte se hallaba presente, pues Muerte y Vida caminan tomadas de la mano. Las playas viscosas del mundo dejaban alzar los aullidos de los monstruos y siluetas increíbles se arrastraban entretanto bajo la lluvia incesante.

—El que representa el porvenir. Silencioso, Kull lo miró.

—¿Qué estás viendo?

—Un mundo extraño —murmuró el rey—. Los Siete Imperios se derrumban por el polvo y son olvidados. Las mareas del océano se estrellan muy por encima de las eternas montañas de Atlántida; las cimas de la occidental Lemuria son las islas de un mar ignorado. Desconocidos salvajes recorren los antiguos condados, y nuevos países han surgido de las profundidades para profanar los antiguos santuarios. Valusia ha desaparecido y también las demás naciones que hoy existen, y los hombres del mañana me son desconocidos. Y tampoco ellos nos conocen.

—El futuro está avanzando —declaró tranquilamente Tuzun Thune—. Vivimos en el hoy, ¿qué podemos hacer del ayer o del mañana? Las ruedas giran, las naciones se yerguen y se derrumban; el mundo cambia, los tiempos recaen en el salvajismo y la barbarie para encontrar más tarde, a lo largo de las

eras, la civilización. Antes de que Atlántida fuese, ya existía Valusia, y antes de Valusia los Antiguos Reinos. También nosotros hemos pisoteado a las tribus perdidas en nuestro camino hacia el porvenir. Tú, tú que has venido de las verdes colinas de Atlántida para apoderarte de la antigua corona de Valusia, piensa que mi tribu es muy antigua, que reinamos en estas tierras antes de que los valusios llegaran del Este, cuando el hombre aún no existía en las regiones marinas. Pero el hombre ya vivía aquí cuando las Viejas Tribus surgieron de los desiertos, y otros hombres hubo antes que ellos, unas tribus antes que otras tribus. Las naciones pasan y son olvidadas, pues tal es el destino de la Humanidad.

—Sí —murmuró Kull—. Sin embargo, ¿no es una lástima que la belleza y la gloria de los hombres desaparezca como la bruma del verano?

—Si ese es su destino, ¿por qué habría de ser de otra forma? No lloro por las desaparecidas glorias de mi raza, ni tampoco me preocupo por las razas que vendrán. Vive el presente, Kull, vive el presente. Los muertos están muertos; los que todavía no han nacido, no existen. ¿Qué importa que los hombres te olviden cuando tú te hayas olvidado de ti mismo en los silenciosos mundos de la muerte? Contempla mis espejos y descubre la sabiduría.

Kull eligió otro espejo y en él se miró.

—Es el espejo de la más profunda magia. ¿Qué ves, Kull?

—Nada más que a mí mismo.

—Mira mejor, Kull. ¿Eres tú? Kull miró fijamente el inmenso espejo, y no vio otra cosa que su propia imagen.

—Acabo de situarme ante este espejo —murmuró con voz pensativa—, y he dado ya vida a ese hombre. Sobrepasa mi entendimiento, pues primero lo vi en las aguas calmas de los lagos atlantes, y luego le he vuelto a ver en los espejos de Valusia enmarcados en oro. El es yo, él es mi sombra, forma parte de mí, puedo conjurarlo o hacerlo desaparecer a mi capricho, pero sin embargo... (Se interrumpió, al tiempo que extraños pensamientos susurraban en los tenebrosos abismos de su espíritu como murciélagos revoloteando en una inmensa caverna.) Y, pese a todo, ¿dónde se halla cuando no estoy frente a un espejo? ¿Es quizá un poder del hombre ser capaz de formar a su placer, o destruir, una sombra de vida, una sombra de la existencia? ¿Cómo puedo saber si, cuando me aparto del espejo, desaparece en las tinieblas de la nada...? ¡Por Valka! ¿Es él el hombre o lo soy yo? ¿Cuál de nosotros es fantasma del otro? Estos espejos no son acaso más que ventanas por las que contemplamos otro mundo. ¿Piensa lo mismo que yo? ¿No soy una sombra, un reflejo de él mismo para sus ojos, lo mismo que él lo es así para los míos? Y, si yo soy el fantasma,

¿cómo es ese otro mundo que habita en el espejo? ¿Qué ejércitos combaten en él, qué monarcas lo gobiernan? Este mundo nuestro es el único que conozco. Ignorándolo todo del otro, ¿cómo puedo juzgarlo? ¡Seguramente también habrá en él verdes colinas y mares embravecidos y vastas llanuras en las que los

hombres se alinean en orden de batalla! Dime, mago, tú que eres el más sabio de los hombres, dime si hay otros mundos más allá del nuestro.

—Un hombre tiene dos ojos para poder ver —replicó el mago—. Quien desee ver, primero debe creer.

Las horas pasaron lentamente y Kull quedóse sentado frente a los espejos de Tuzun Thune, contemplándose a sí mismo. A veces le parecía ver roca dura y lisa, otras veces, profundidades insondables. Como la superficie del mar era el espejo de Tuzun Thune, tan uniforme como el océano bajo los rayos oblicuos del sol naciente o bajo la oscuridad de las estrellas cuando ningún ojo puede percibir sus simas;

vasto y místico como cuando el sol lo golpea de tal modo que al observador se le corta el aliento al adivinar sus abismos sin fondo. Así era el espejo que contemplaba Kull.

Finalmente, el rey se levantó y se marchó totalmente turbado. Y Kull regresó a la Casa de los Mil Espejos; día tras día volvía para sentarse durante horas frente a los espejos. Unos ojos le miraban, unos ojos parecidos a los suyos, y, sin embargo, sentía una diferencia, una realidad de que no eran los de él. Durante largos horas miraba fijamente el espejo con rara intensidad; y, hora tras hora, su imagen le contemplaba.

Los asuntos del palacio y del Estado fueron desdeñados. El pueblo murmuraba. El semental de Kull pafaba impaciente en las cuabras mientras los guerreros de Kull jugaban a los dados y discutían sin razón. Kull no tenía cura. En algunos momentos parecía hallarse a punto de descubrir algún monstruoso secreto. La imagen del espejo no era para él un simple reflejo; la cosa, del modo en que él la veía, era una entidad, muy parecida a él en apariencia, pero también tan alejada de Kull como lo están los polos de una esfera. La imagen, pensaba, poseía una personalidad diferente a la suya; no dependía de Kull, lo mismo que el rey no dependía de ella. Y, día tras día, Kull se preguntaba en qué mundo viviría realmente; ¿era él la sombra, algo evocado por la voluntad del otro? ¿Era él, y no el reflejo, el que vivía en un mundo ilusorio, en la sombra del mundo real?

Kull empezó a soñar con poder penetrar en la personalidad del espejo, aun por un momento solamente, para ver lo que había que ver; pero, si franqueaba aquella puerta, ¿podría regresar? ¿Encontraría un mundo idéntico a aquel en que habitaba? ¿Un mundo del que el suyo no era más que un sencillo reflejo? ¿Dónde estaba la realidad, dónde la ilusión?

Algunas veces Kull se preguntaba como aquellas ideas, aquellos sueños, habían podido penetrar en su mente, si acaso los suscitaba él mismo o si... y, entonces, sus pensamientos en emborronaban. Sus meditaciones le eran propias; ningún hombre gobernaba sus pensamientos y aún era capaz de evocarlos a su capricho; pero, ¿podía estar seguro? ¿No eran como murciélagos, aleteantes, yendo y viniendo a su antojo, que siguieran las órdenes y cumplieran la voluntad de... de quién? ¿De los dioses? ¿De las Mujeres que tejen la tela del Destino? Kull no abocaba a ninguna conclusión,

pues, con cada paso que daba, se perdía cada vez más en las grises brumas de los postulados ilusorios y de las refutaciones. No sabía más que una cosa: extrañas visiones invadían su mente, como murciélagos aleteando al azar, surgidos de la susurrante nada de la inexistencia;

nunca antes había alimentado aquellos pensamientos, pero reinaban ya en su cerebro, día y noche, y en todo momento tenía la sensación de deambular por una niebla vertiginosa; y su sueño se veía turbado por imágenes desconocidas y monstruosas.

—Dime, mago —preguntó, sentado ante el espejo con la mirada hincada sobre su propia imagen—, dime cómo puedo franquear la puerta. Porque, en verdad lo digo, ya no sé si el mundo real está aquí y esa imagen es su reflejo. Bajo una forma u otra, lo que veo debe existir.

—Ve y cree —susurró el mago—. El hombre debe creer para poder cumplir. La forma es una sombra, la substancia es una ilusión, la materia es un sueño; el hombre existe porque cree que existe; ¿qué es el hombre sino un sueño de los dioses? Sin embargo, el hombre puede ser lo que desea ser; sombra y substancia no son más que quimeras. El espíritu, el yo, la esencia del sueño divino, esa es la realidad, eso es lo que permanece inmortal. Ve y cree, si quieres cumplir, Kull.

El rey no lo comprendió; nunca comprendía claramente los enigmáticos parlamentos del mago, y, sin embargo, suscitaban en él una vaga reacción positiva. Así, día tras día, fue sentándose ante los espejos de Tuzun Thune. Y, todas las veces, el mago quedaba agazapado a sus espaldas como una sombra.

Llegó el día en que Kull pareció distinguir por unos momentos unas tierras desconocidas; las imágenes pasaban por su mente y le inspiraban pensamientos vagos, reminiscencias confusas. Día tras día perdía el contacto con su universo, las cosas le parecían más irreales, y el reflejo del espejo se convertía en la única realidad. Kull ya creía aproximarse a las puertas de mundos más poderosos, vagamente apercibía inmensos panoramas y las brumas de la irrealidad se iban disipando...

La forma es una sombra, la substancia es una ilusión, sólo son quimeras, le repetía en su subconsciente la voz del mago. Recordaba sus palabras y le parecía que ya podía entenderlas... la forma y la substancia, ¿no podría cambiarlas a voluntad su conocía el secreto, si poseía la llave que abría aquella puerta? ¿Qué mundos entre los mundos esperaban al explorador atrevido?

El hombre del espejo parecía sonreírle y acercarse —cada vez más cerca—, mientras la niebla se alzaba, una niebla que envolvía el reflejo... Kull sintió una extraña sensación, un vértigo, parecía transformarse, fundirse...

-¡Kull!

El aullido rompió el silencio en un millón de fragmentos vibratorios.

Las montañas se derrumbaron y los mundos vacilaron mientras Kull, atrapado por aquel grito frenético, hacía un esfuerzo sobrehumano para escapar de algo que desconocía.

Un súbito estrépito y Kull se encontró en la gran sala de Tuzun Thune, ante un espejo roto en mil pedazos, con la mente turbada, medio cegado por la estupefacción. Allí, a sus pies, yacía el cuerpo de Tuzun Thune, cuya hora, al fin, había sonado; y ante él se erguía Brule, el Lancero, empuñando una espada ensangrentada, con los ojos desorbitados y llenos de terror.

—¡Valka! —juró el guerrero—. ¡Qué a tiempo he llegado!

—Pero... ¿Qué ha pasado? —farfulló el rey.

—Pregúntaselo a esta traidora —replicó el Lancero, señalando a una muchacha prosternada ante el rey, en una pose de abyecto temor, y a quien Kull reconoció como quien le había enviado a casa de Tuzun Thune—. Mientras entraba vi cómo te fundías en el espejo como si fueras humo desapareciendo en el cielo. ¡Por Valka! Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo habría creído... Casi habías desaparecido cuando mi grito te retuvo.

—Sí —murmuró Kull—, esta vez estuve a punto de franquear la puerta.

—¡Era un monstruo muy astuto! —añadió Brule—. ¿No comprendiste, Kull, que había tejido y arrojado sobre ti la tela de su magia? Kaanuub de Blaál ha complotado con este mago para desembarazarse de ti, y esta muchacha, descendiente de la Antigua Raza, insinuó en tu espíritu la idea de venir aquí. El consejero Ka-nu ha descubierto hoy mismo el complot; no sé lo que has visto en ese espejo, pero gracias a él, Tuzun Thune ha embotado tu alma y ha estado a punto, gracias a sus sortilegios, de transformar tu cuerpo en humo...

—Realmente —resopló Kull, que aún no había salido de su estupor—. Pero siendo un mago, conociendo todo el saber de las edades y despreciando el oro, la gloria y el poder, ¿qué podía ofrecer Kaanuub para hacer de Tuzun Thune un innoble traidor?

—Oro, gloria y poder —masculló Brule—. Cuanto antes aprendas que los hombres siguen siendo hombres ya se trate de magos, reyes o siervos, antes sabrás reinar con sabiduría, Kull. Y, ahora, ¿qué hacemos con ella?

—Nada, Brule —respondió el rey mientras la muchacha lloriqueaba a sus pies—. Ella sólo ha sido el instrumento. Levántate, pequeña, y vete. Nadie te hará mal alguno.

Una vez solo con Brule, Kull contempló una última vez los espejos de Tuzun Thune.

—Puede que urdiera contra mí, Brule, no dudo de tu palabra, pero... ¿su brujería iba a transformarme en humo, o bien iba a desvelarme un secreto? Si no me hubieras rescatado, si me hubiese hundido en el espejo, ¿no habría descubierto otros mundos?

Brule echó una mirada a los espejos y se encogió de hombros, reprimiendo un escalofrío.

—Tuzun Thune ha almacenado aquí el saber de todos los infiernos. Partamos, Kull, antes de que yo también quede embrujado.

—Partamos —respondió Kull, y, uno junto al otro, abandonaron la Casa de los Mil Espejos donde, quizá, se hallaban prisioneras las almas de los hombres.

Hoy ya nadie se mira en los espejos de Tuzun Thune. Las embarcaciones de placer evitan la orilla en que se alza la casa del mago y nadie se aventura en ella, nadie osa penetrar en la sala donde la osamenta seca y putrefacta de Tuzun Thune yace frente a los espejos de la ilusión. Es un lugar maldito, y si esa casa debe seguir en pie durante otros mil años, ningún paso debe levantar ecos en ella. Sin embargo, Kull, sobre su trono, medita a menudo, pensando en el extraño saber y en los misteriosos secretos que perdió, haciéndose preguntas...

Kull sabe que hay otros mundos más allá de los mundos. Y sabe también que el mago le embrujó con palabras o con la magia del hipnotismo, con argumentos extraños que

se desarrollaron ante la mirada del rey, tras aquella puerta mágica. Y Kull está menos convencido de la realidad desde que sumergió la mirada en los espejos de Tuzun Thune.